

El juego y el arte de la miniatura en el Museo del Estanquillo

“El detective de las miniaturas” así llamó la periodista Ángeles Vázquez a Carlos Monsiváis en 1993, debido a la valoración que hizo de la obra de artistas como Roberto Ruiz, Teresa Nava y del matrimonio integrado por Teodoro Torres y Susana Navarro. Nombres que resultan familiares para quienes visitan con frecuencia el Museo del Estanquillo y cuyo trabajo se puede apreciar en esta exposición al lado del de otros autores que el escritor también admiraba. Es importante destacar que las 250 piezas que conforman la muestra se exhiben por primera vez.

Debido a la enorme fascinación que el cronista sentía por las miniaturas, el también reconocido coleccionista Ricardo Pérez Escamilla, dijo: “Carlos Monsiváis tiene sus gatos y tiene sus miniaturas. Ya quedó claro, ¿Verdad?”. La frase parecería exagerada si se observa todo el acervo que el escritor constituyó y que se ha explorado en las exposiciones del museo. Si hablamos de números, fotografía, gráfica y caricatura conforman las colecciones más numerosas. Sin embargo, Escamilla quería enfatizar la relación que el cronista entabló con la miniatura, que se podría calificar como cariñosa y juguetona (entrañablemente documentada por la fotógrafa Graciela Iturbide). Dicha actitud se tomó muy en cuenta en esta curaduría para incluir otro tipo de objetos que tienen un carácter lúdico, como son los títeres (varios de ellos de la reconocida Compañía Rosete Aranda), los libros de pequeño formato de Saturnino Calleja y los escenarios móviles de cuerda del tapatío Luis Ascanio Zenteno, artista poco conocido a quien Monsiváis consideró “creador de primer orden”.

La miniatura constituye una parte sustancial del acervo de Carlos Monsiváis. Tan sólo las piezas de los artistas arriba mencionados suman más de mil, y habría que añadir las de otros autores como Alfredo Velázquez Lona, Guillermo Romero Amador y Gratierr, Eduardo Oliva Arias, Hipólito Vázquez Sánchez y Arturo Carrillo Campos. La muestra enfatiza las particularidades de estas creaciones, que fueron tan apreciadas por su coleccionista.

El montaje está dividido en los siguientes temas: representaciones de la muerte; *Don Juan Tenorio*, los títeres y el teatro; cuentos infantiles y personajes literarios; escenas y protagonistas de la historia de México; para finalizar con la vida cotidiana, tipos populares, tradiciones y creencias. Todos ellos tópicos recurrentes tanto en la obra, como en la colección de Carlos Monsiváis.

Ana Catalina Valenzuela

El serio juego de la Historia

<<Lo que [Huizinga] llama su “primer contacto con la historia” ocurrió cuando era niño de seis años. Lo impresionó un desfile que representaba la entrada del conde Edward a Groningen, en 1506, procesión que se grabó en su mente como lo más bello que había visto, con la brillante armadura del conde y las banderas ondeando. Era historia en un desfile y como desfile, también juego ilusionista.>>

Ernst Gombrich, *La gran seriedad del juego. Reflexiones sobre “Homo ludens” de Johan Huizinga (1872-1945)*

Entre los temas que Johan Huizinga estudió en *Homo ludens* se encuentran la guerra y la ley. Aun en estos asuntos el historiador alemán encontró el carácter lúdico al asociar el principio bélico y jurídico con el afán competitivo y el establecimiento de reglas en los juegos infantiles. Según Huizinga ambos aspectos imprimen seriedad al juego. ¿Cómo podría ser de otro modo si tanto guerras como leyes determinan en enorme medida la fisonomía del mundo actual y de su historia?

Los pequeños personajes creados por Teodoro Torres y Susana Navarro hacen recordar a los soldados de plomo o plástico con los que juegan los niños. Aunque no era la intención del matrimonio el hacer juguetes, la dimensión de sus obras diminutas inevitablemente encamina a la apreciación de los sucesos más solemnes con un filtro de ternura. Lo mismo ocurre, por ejemplo, con el *Cuadro histórico de Benito Juárez* de Alfredo Velázquez Lona, en el que se incluyen escenas del gabinete de Juárez pronunciando las Leyes de Reforma, o bien la ejecución de Maximiliano. En cuanto a las tallas en madera de Hipólito Vázquez Sánchez que retratan la lucha entre aztecas y españoles, no se piensa en los hechos sangrientos ocurridos en la realidad, sino que parecieran más bien una pelea infantil.

Sin embargo, esta manera de acercarse a la historia por parte de los artistas aquí presentados no debe despreciarse por su carácter lúdico. De hecho, la particular observación de estos asuntos en forma de miniatura, también se podría mirar como una eficaz forma didáctica de acercarse al pasado, sin perder de vista que se está frente a interpretaciones artísticas.

En el caso de los Torres Navarro, Monsiváis los familiarizó con la crónica del siglo XIX a partir de las litografías que les mostraba. Lo que es posible constatar, por ejemplo, en la representación del monumento a José María Morelos, erigido en sus inicios en la Plaza de la Guardiola y hoy localizado en el barrio de Tepito. En la pieza presentada en este núcleo, podemos ver cómo los Torres Navarro tradujeron a la tridimensionalidad las vistas del mismo monumento que en 1865 dibujara el grabador de la Academia de San Carlos Hesiquio Iriarte y que después, a modo satírico, fue representado por Constantino Escalante para el periódico *La Orquesta*.

¿Te lo cuento otra vez?

“[...] estoy seguro del proceso que le otorga a la niñez el privilegio extraordinario: ser el tiempo y el espacio formativos que le dan a cada persona la posibilidad de disponer de su fantasía, de ser tan libre como lo determine su capacidad de extraer lecciones de por ejemplo, autores como Perrault, Andersen, Julio Verne, Tolkien, C.S. Lewis, Michael Ende, o también por ejemplo, del universo de juguetes de cuya contemplación desdeñosa nos rescató para siempre *Blade Runner*, el clásico de Ridley Scott, con el juguetero que cada hora envejece años, y los juguetes que son lo más vivo en el orbe de la desintegración, la decadencia y la repetición crónica.”

Carlos Monsiváis, *La infancia, universalidad de la imaginación*

Johan Huizinga, historiador de la cultura, afirmó en su libro *Homo ludens*: “Lo mismo que la poesía, el mito surge en la esfera del juego.” En esta exposición se añadió a este entretejido de conceptos el de miniatura. Aquí, algunos personajes relevantes de la historia de la literatura como Beatriz y Virgilio de la *Divina Comedia*, reinterpretados por Alfredo Velázquez Lona, requieren verse con lupa al igual que más de una docena de personajes de la mitología griega, entre ellos el osado Prometeo quién robó el fuego (el conocimiento) a los dioses; Venus y Neptuno, deidades de la belleza y de los mares que el matrimonio Torres Navarro llevaron a las dimensiones de lo manipulable. Además, la muestra incluye a los reconocidos escritores mexicanos Sor Juana Inés de la Cruz y Carlos Monsiváis.

La escala no va en detrimento del valor de los personajes o escenas, al contrario, como indica Gastón Bachelard en *La poética del espacio*: “La miniatura adopta las dimensiones del universo. Lo grande, una vez más, está contenido en lo pequeño. Coger una lupa es prestar atención, pero ¿prestar atención no es ya mirar con lupa? La atención por sí misma es un vidrio de aumento.” En esta sección, se podrán emplear lupas para apreciar tres obras de Roberto Ruiz: un unicornio y dos escenas de Don Quijote de la Mancha. Por su parte, el tapatío Luis Ascanio Zenteno decidió darle movimiento a la obra de Cervantes mediante un escenario de madera con mecanismos de cartón y cuerda; nos presenta, además, cuatro episodios animados: uno de origen griego (un fauno espiando a unas musas) y otro celta (un caballero que rescata a una doncella de un dragón que la ha raptado), una serenata de un trovador medieval a una dama y una divertida fiesta de animales en una cocina, que bien podría haber sido inspirada en los cuentos publicados por el editor español Saturnino Calleja, de quien se ha hecho una selección de sus pequeños libros para niños en los que la relación entre las dimensiones de las personas y las cosas determina la visión del mundo. Por eso Pulgarcito puede usar una aguja gorda como espada, o un niño montar a un pequeño pollo.

La vida es sueño y el teatro juego

“Las miniaturas desde niño me han divertido enormemente y he encontrado en ellas el antiguo placer medieval por los homúnculos*.”

Carlos Monsiváis

*homúnculo: hombre diminuto que se creía que era creado por los alquimistas en un laboratorio.

El teatro comparte con el juego los factores de la imaginación y la repetición. El dramaturgo propone con un equipo integrado por escenógrafos, iluminadores, actores, etcétera, un mundo imaginario que se presenta una y otra vez. El teatro imita la realidad. Los actores simulan ser otras personas, o como en el caso del teatro de títeres y marionetas, una persona experta en su manejo imprime al muñeco ya caracterizado, una dosis de realidad según su papel en la obra. Los actores no se quejan por dar vida repetidamente a un personaje, ya que en cada interpretación las escenas se efectúan como si fuera la primera vez.

Veinticuatro de los títeres aquí exhibidos –tres de ellos de la renombrada Compañía Rosete Aranda— formaron parte del elenco de la obra de teatro *Don Juan Tenorio*, que, ya fuera con títeres o con personas, como indica Carlos Monsiváis, ha sido sin duda, una de las más representadas en la historia del teatro en México. Su autor, el español José Zorrilla, creó en 1844 un argumento en el que el protagonista, que da nombre a la obra, es objeto de aventuras debido a su desmedido cortejo a las mujeres. Sus pericias tienden a lo cómico, incluso en momentos en los que se enfrenta a seres de ultratumba.

En esta exposición, además de los mencionados títeres y otros siete de la Compañía Rosete Aranda, se incluyen dos marionetas de Lola Cueto; los homenajes que en formato de miniatura hace Teresa Nava de la obra *Don Juan Tenorio*; la historia del teatro griego y clásico del matrimonio Torres Navarro, así como cuatro ejemplares de la *Galería del Teatro Infantil. Colección de comedias para niños o títeres* del reconocido grabador José Guadalupe Posada.

Tradiciones y creencias

“A fines del siglo XX, el arte popular mexicano, no obstante penurias y desplomos del mercado, pese a la errátil conducta gubernamental y a la falta de promoción, sigue deslumbrándonos con sus poderes de representación, fantasía y gozo formal.”

Carlos Monsiváis, *Arte popular: lo invisible, lo siempre redescubierto, lo perdurable. Una revisión histórica.*

Aunque se enlacen con temas espirituales, tanto Huizinga como De Certeau identifican en las tradiciones y creencias un carácter lúdico o festivo. Por ejemplo, el carnaval, festejo que nació con las más antiguas civilizaciones para conciliar todo lo existente sobre la tierra: los juicios sobre el bien y el mal, los depredadores y sus presas hacen tregua para festejar la vida; y que en esta exposición está representado por Alfredo Velázquez Lona en una especie de fiesta dentro de un colorido edificio.

Con origen prehispánico se encuentra la ceremonia de Los voladores, hoy asociada solamente al nombre de Papantla, la ciudad veracruzana, pero que, sin embargo, tuvo un desarrollo en los pueblos mesoamericanos del occidente del país y de la región central. El peligroso baile que cinco hombres efectúan sobre y alrededor de una asta de aproximadamente veinte metros, está relacionado con la creación del universo y los cinco puntos cardinales (Este, Oeste, Norte, Sur y Centro). Aquí se exhibe la versión de Luis Ascanio Zenteno, junto con una fotografía de Graciela Iturbide en la que observamos a Carlos Monsiváis accionando con enorme gozo la obra del tapatío.

En la religión católica -que es la que la mayoría de los mexicanos profesa-, existen rituales familiares o comunitarios que se practican con fervor. Es el caso de la colocación del nacimiento, interpretado como un escenario móvil por Luis Ascanio Zenteno y en miniatura por Roberto Ruiz. Las posadas son indiscutiblemente parte de la tradición mexicana y representan la peregrinación de la Virgen María para encontrar un lugar donde dar a luz a su hijo Jesús. De ellas hace un minucioso retrato Alfredo Velázquez Lona. En cuanto a otros rituales comunitarios, puede mencionarse las procesiones. Aquí se presenta una del pueblo chamula de Chiapas, obra del matrimonio Torres Navarro. En este sentido, las celebraciones a los santos son fundamentales en la religión católica, para muchos mexicanos es decisivo para elegir el nombre que llevarán sus hijos según el santoral. Estas celebraciones se ven representadas por Teresa Nava -una de las artistas más entrañables para Carlos Monsiváis y de la que coleccionó 140 maquetas-, y por Eduardo Oliva Arias, quien con una particular mezcla de elementos simbólicos como relojes o esqueletos esculpe gises para luego pintarlos, barnizarlos y montarlos sobre botones. El resultado nos recuerda a los tótems canadienses. De Nava y Oliva Arias también se incluyen escenas dedicadas a la virgen de Guadalupe, cuyo culto indiscutiblemente ha marcado a la sociedad mexicana y su historia.

Los relatos de lo que no se sabe

“Si un coleccionista no procede con espíritu infantil está perdido. Lo que sería imperdonable es que procediera con espíritu pueril, pero lo infantil en este sentido es rescatable, porque es el gozo del descubrimiento primero. [...] [A un coleccionista lo impulsa] la gana de rescatar algo de lo que puede ser la injuria de la desaparición, y el deseo noble y sincero de que ese algo lo vean otras personas... algún día.”

Carlos Monsiváis

Como coleccionista, Carlos Monsiváis reconoció el valor de obras que pocos habían tomado en cuenta o que eran desdeñadas dentro del mercado del arte, como es el caso de la caricatura y de las piezas que componen esta muestra. El escritor las consideró expresiones auténticas, a pesar de no estar afiliadas a los circuitos académicos, ni tratarse de autores renombrados. De manera que Monsiváis inscribe estos artistas en la Historia del Arte mexicano.

En la sección “Los relatos de lo que no se sabe” del libro *La invención de lo cotidiano*, el historiador francés Michel de Certeau, habla de los procesos de producción y su relación con cuestiones políticas o de poder que hay detrás de clasificaciones como aquella que encasilla de “populares” a ciertos objetos, derivando con ello su apreciación despectiva. Monsiváis siguió la línea de De Certeau al afirmar « [...] (lo popular que es del pueblo) deviene en condena: si el carácter anónimo es el rasgo distintivo, las generaciones de artistas, llamados naturalmente artesanos, serán “portavoces” del instinto, con la inevitable injusticia salarial, y los precios de hambre que entonces, como ahora deterioran el proceso»*. Así, con esta exposición se busca hacer eco de las consideraciones de Monsiváis y acercar de un modo distinto al público del Estanquillo con la producción de autores como los aquí presentes. No conocemos el nombre de todos ellos, ni la trayectoria de algunos. Sin embargo, es evidente la calidad artística y su carácter genuino.

Por otro lado, como hizo el Monsiváis cronista, se busca en este núcleo reconocer la vida cotidiana como parte de la Historia: ir más allá del estudio de las acciones de gobernantes, militares y hombres de leyes para observar a la gente de las calles, de los que no se conocen sus nombres pero que también son parte de la Historia. Sin embargo, es necesario señalar que no se pretende entender las piezas aquí presentadas como retratos fidedignos de la sociedad sino como expresiones del juego, la alegría y la belleza que existen en nuestras actividades cotidianas y en las personas que las llevan a cabo. Indudablemente, sus modelos los encontraron en los artistas del movimiento romántico costumbrista del siglo XIX, pues en él se pretendía incluir a toda la población en la construcción de una nacionalidad.

*Carlos Monsiváis, “Las artes populares: hacia una historia del canon”, en *Arte popular, Cinco siglos*, p. 19.

Los relatos de lo que no se sabe

“Si un coleccionista no procede con espíritu infantil está perdido. Lo que sería imperdonable es que procediera con espíritu pueril, pero lo infantil en este sentido es rescatable, porque es el gozo del descubrimiento primero. [...] [A un coleccionista lo impulsa] la gana de rescatar algo de lo que puede ser la injuria de la desaparición, y el deseo noble y sincero de que ese algo lo vean otras personas... algún día.”

Carlos Monsiváis

Como coleccionista, Carlos Monsiváis reconoció el valor de obras que pocos habían tomado en cuenta o que eran desdeñadas dentro del mercado del arte, como es el caso de la caricatura y de las piezas que componen esta muestra. El escritor las consideró expresiones auténticas, a pesar de no estar afiliadas a los circuitos académicos, ni tratarse de autores renombrados. De manera que Monsiváis inscribe estos artistas en la Historia del Arte mexicano.

En la sección “Los relatos de lo que no se sabe” del libro *La invención de lo cotidiano*, el historiador francés Michel de Certeau, habla de los procesos de producción y su relación con cuestiones políticas o de poder que hay detrás de clasificaciones como aquella que encasilla de “populares” a ciertos objetos, derivando con ello su apreciación despectiva. Monsiváis siguió la línea de De Certeau al afirmar « [...] (lo popular que es del pueblo) deviene en condena: si el carácter anónimo es el rasgo distintivo, las generaciones de artistas, llamados naturalmente artesanos, serán “portavoces” del instinto, con la inevitable injusticia salarial, y los precios de hambre que entonces, como ahora deterioran el proceso»*. Así, con esta exposición se busca hacer eco de las consideraciones de Monsiváis y acercar de un modo distinto al público del Estanquillo con la producción de autores como los aquí presentes. No conocemos el nombre de todos ellos, ni la trayectoria de algunos. Sin embargo, es evidente la calidad artística y su carácter genuino.

Por otro lado, como hizo el Monsiváis cronista, se busca en este núcleo reconocer la vida cotidiana como parte de la Historia: ir más allá del estudio de las acciones de gobernantes, militares y hombres de leyes para observar a la gente de las calles, de los que no se conocen sus nombres pero que también son parte de la Historia. Sin embargo, es necesario señalar que no se pretende entender las piezas aquí presentadas como retratos fidedignos de la sociedad sino como expresiones del juego, la alegría y la belleza que existen en nuestras actividades cotidianas y en las personas que las llevan a cabo. Indudablemente, sus modelos los encontraron en los artistas del movimiento romántico costumbrista del siglo XIX, pues en él se pretendía incluir a toda la población en la construcción de una nacionalidad.

*Carlos Monsiváis, “Las artes populares: hacia una historia del canon”, en *Arte popular, Cinco siglos*, p. 19.

La portentosa vida de la muerte

“Y para empezar a despojarla de su principal ventaja contra nosotros, sigamos el camino opuesto al ordinario; quitémosle la extrañeza, habituémonos, acostumbremos a ella. No pensemos en nada con más frecuencia que en la muerte.”

Michel de la Montaigne, *Ensayos*.

Carlos Monsiváis mencionó al respecto de la muerte en el arte popular mexicano que «...en este viaje simbólico, nada se compara a la fuerza de los mitos en torno a la relación del Mexicano con la Muerte [...] La producción es muy vasta e informa lo mismo de los ritos católicos y festividades “paganas”, de amor por los muertos y de alborozo por seguir vivos, de memoria y renovación.» y aclara: «el mexicano, como el habitante de cualquier otro país, ciertamente *no* ama a la muerte». Estas consideraciones del cronista las podemos ver representadas con minucioso esmero en los dos altares de muertos de Eduardo Oliva Arias.

Las obras de este núcleo, hechas por Roberto Ruiz y Alfredo Velázquez Lona, pudieran ajustarse al título de la obra de 1792 de Fray Joaquín de Bolaños, *La portentosa vida de la muerte emperatriz de los sepulcros, vengadora de los agravios del Altísimo, y muy señora de la humana naturaleza*, donde el autor plantea en el prólogo, “Desabrida es la muerte, más para que no sea tan amarga su memoria, te la presento dorada, o disfrazada con un pedazo de chiste, de novedad o de gracejo. Va en forma de historia, porque quiero divertirme”. En estas piezas vemos calaveras sonrientes imitando las acciones de los vivos como tocar instrumentos musicales, escribir libros, ir al dentista, tejer en telar de cintura, tomar fotografías, etcétera. Pero estos mismos artistas también nos muestran escenas donde está la muerte con el diablo o celebrando aquelarres, sin perder su carácter lúdico, lo que provoca que en estas creaciones no nos da miedo la muerte, sino risa y hasta ternura.

El cementerio imaginario de Guillermo Romero Amador y Gratierr, nos otorga una sensación de soledad y miedo, de que no quisiéramos visitar de noche un lugar como ése.

El hecho de que todas estas obras sean miniaturas, nos da a los espectadores la oportunidad de imaginar que la muerte y el mundo entero están bajo nuestro dominio al caber en la palma de una mano.